



REVISTA DE ARAGON

SEMANARIO DE CIENCIAS, LETRAS, ARTES É INTERESES GENERALES.

PUNTOS DE SUSCRICION.

ZARAGOZA: En la Redaccion y Administracion, *Centro Periodístico*, Cinegio, 5, esquina á la calle de los Estébanes, bajo; en La Bandera Española, Coso, núm. 62, y en las librerías de la señora viuda de Heredia, Badera, Sanz, Francés, Osés y Meneadez.—HUESCA: Librería de don Jacobo María Perez.—TERUEL: Administracion de *El Turoloense*.—MADRID: Librería de D. Mariano Murillo, Alcalá, 18.—BARCELONA: Sres. Teixidó y Parera, Pino, 6.—ATECA: D. Demetrio Ortega.—CALATAYUD: D. Florencio Forcén.

Los anuncios, avisos y reclamaciones se reciben en la Redaccion y Administracion.—Toda la correspondencia literaria y administrativa se dirigirá expresamente al Director de la REVISTA DE ARAGON, calle de Cinegio, 5, bajo, Zaragoza.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	TRIMESTRE.	SEMESTRE.	AÑO.
En Zaragoza	8 rs.	15 rs.	28 rs.
En Madrid y provincias.	10 »	18 »	32 »

Números sueltos, quince céntimos de peseta.

PRECIOS DE ANUNCIOS.

	RELS.	RELS.
Una página entera en la cubierta	60	Cuarto de página 16
Media página	30	Octavo de id. 8
		Dieciseisavo de id. 4

En la última página de la REVISTA, á precios convencionales. Si el anuncio se inserta de tres á cinco veces seguidas, obtiene el precio una rebaja de quince por ciento; si de seis á ocho veces, una de veinticinco por ciento, y de nueve en adelante, una de cuarenta por ciento. Los señores suscritores obtendrán en sus anuncios la rebaja del diez por ciento.

SUMARIO.

- I.—Crónica Aragonesa, por Máximo.
- II.—Leonor de Aquitania, por D. Victor Balaguer.
- III.—Apuntes biográficos sobre la escuela aragonesa de pintura, por D. Francisco Zapater y Gomez.
- VI.—Crónica de Biarritz, por Arsesa.
- V.—Rimas, por D. Baldomero Mediano y Ruiz.
- VI.—Espectáculos, por X.
- VII.—Miscelánea y anuncios, en la cubierta.

CRÓNICA ARAGONESA.

Presumo que la mayoría de mis lectores no serán madrugadores; pues bien, en estas frescas mañanas y mientras ustedes hunden en la almohada sus respetables cabezas y se desperezan lindamente en la última vuelta de un sueño tranquilo y reparador, las vendedoras de frutas colocan en ordenada fila los canastos, arman los palitroques para el toldo, tienden las esterillas ó sujetan las tablas donde descansan, de sus largos viajes, los melones de amarillentos matices y las redondas sandías; y eligen los higos más negros y ventrudos para que coronen el cestillo y sorprendan deliciosamente los ojos del comprador, ya que no su bolsillo.

Estamos en Setiembre. Dad una vuelta por los históricos soportales del Mercado y os convenceréis plenamente cuando tropeceis con las rubicundas hijas de las *rosáceas*, *cucurbitáceas* y *crucíferas*, familias conocidísimas en la botánica y también en nuestras mesas. Vedlos allí; el melocoton, la fresa, la ciruela, el higo, la uva negra ó morada, y aquel moscatel que aguarda los primeros días del Otoño para dorarse completamente, muestran á nuestra vista sus colores, diversos como sus aromas, y despiertan el apetito, algun tanto adormido en el verano.

Confieso mi debilidad; yo amo con verdadera pasión de gastrónomo estas frutas que son tan bonitas, tan dulces, tan sabrosas; y si tuviera cuatro terrones y algo más de tiempo, así como Edisson se dedica al perfeccionamiento de ciertos aparatos mecánicos, yo me dedicaría á mejorar y perfeccionar la frambuesa, el albericoque ó el melocoton, hasta que resultáran en especie tales como mi paladar, un si es ó no es descontentadizo, los ha soñado.



Asegura un periódico de fuera de la capital que pronto serán convocadas las comisiones de merindades navarras para tratar del ferro-carril de Francia por los Alduides.

—Y las comisiones del proyectado ferro-carril de Canfranc ¿cuándo se reunen? preguntaba ayer un caballero con el interés natural del que desea saber algo.

- Parece que continúan en proyecto....
- ¿Cómo en proyecto?
- Si señor, en proyecto de reunirse.

Mucho sentimos no poder dar algunos detalles sobre un asunto de tanta importancia para Aragon, aunque mucho esperamos de las influencias decisivas de que se habló en tiempo atrás, de la actividad incansable de las personas que lo manejan, de la justicia con que se reclama la concesion del proyecto, fecundo en bonisimos resultados, etc., etc.

Añade un autor aleman: Un optimismo moderado, fruto natural de una sana filosofía, es muy conveniente para la higiene moral y para... los que esperan.



Síntesis de una polémica periodística entablada entre dos diarios, no políticos, de nuestra capital. El más jóven se dirige á su contrincante en estos ó parecidos términos:

—Venga usted acá, señor rapazuelo, á ver cómo se enmienda la plana y se enderezan esos palotes... y no se olvide usted de la doctrina cristiana.

—Compañero, replica el otro, me parece que se mete usted en muchos dibujos... Yo enmendé la plana mucho ántes de que usted pusiera escuela; y en cuanto á la doctrina, recuerde usted, señor mio, que la caña del señor cura nos ha saludado muchas veces en el mismo banco.

—No basta eso, no basta eso. A ver, enséñeme usted la cédula de comunión.

—Precisamente... aquí no la tengo.

—¿Y en casa?

—En casa... todos buenos.

Y despues de esta salida, algun tanto chusca, que esquivaba la respuesta, el más viejo de los dos se calló como un muerto y concluyó la polémica.

* *

La vuelta de los bañistas y expedicionarios se ha conocido al momento en la animacion de los conciertos y teatros. Sin embargo, aun falta bastante para que la empresa del de Pignatelli pueda exclamar como aquel porterillo, despues de una junta magna que tuvieron los notables del pueblo: «Allí estábamos todos... los mayores contribuyentes.»

Ustedes habrán visto á Mr. Stafford retorcerse como una culebra á los piés de los dos ayudantes que se dan las manos para sujetar las del hábil equilibrista. Despues habrán ustedes reparado que dá una vuelta completa sobre sí mismo, luego media, y luego deshace el ovillo con la mayor naturalidad del mundo.

A seguida de este ejercicio y de otros no ménos *hórridos*, Mlle. Stafford, su hermana, saluda al público, se sienta, se coloca la pierna detrás de la oreja con la donosura de una gatita, estira la otra, se levanta, sostiénese en un pié cinco segundos, baja, vuelve á saludar y se queda tan fresca. Aunque esta graciosa acróbata no discrepara en un ápice de su hermano, no por esto dejariáis de conocer al instante que es mujer.

¿En qué?

En el modo de saludar. Esto se presta á algunas consideraciones filosóficas que omitiremos desde luego, no sin añadir como corolario de estas, que en el bello sexo aparece más desarrollado el instinto social. Ella trabaja ménos, pero saluda más.

* *

El viérnes nos tropezamos con una segunda novedad; Mr. Pongo ó el hombre mono. Viene de Madrid, pero al verle saltar, gesticular, comer, subir por el palo, colgarse de la barra, deslizarse por la cuerda, con facilidad hubiéramos creído que venia de la isla de Borneo, despues de pasar un largo verano en compañía de los hermosos orangutanes que por allá se crian. Nada de esto; el hombre mono es un respetable japonés.

Hay una particularidad. Mr. Pongo, á quien consideramos como un notable gimnasta, no olvida jamás que simula al mono para hacer alarde de fuerzas que realmente posee.

—Hé aquí un buen propagandista de las doctrinas de Mr. Darwin, decía un apreciable sujeto en la noche del estreno.

—Sin embargo, le objetó su compañero de butaca, Mr. Darwin le hubiera enseñado una cosa que le falta llevar á la perfeccion.

—Cuál es?

—El salto. Aquí es donde deja que desear algo, porque en verdad que salta con precision, con limpieza, pero... salta poco para hacer el mono.

—Tiene usted razon, yo le aconsejaria que hiciera el oso.

* *

La semana pasada fué variadísima en espectáculos, piezas, equilibrios y bailables. El *Ramo de Azucenas* ha venido á coronar segun el fallo del público, digno siempre de tenerse en cuenta, las *Apsaras* y el *Pais de las Mariposas*. Por nuestra parte confesaremos que es un baile sencillo, ingenioso y agradable.

Solamente... nos atreveríamos á aconsejar al Sr. Moragas que se fijase algun tanto más en la combinacion de los colores. El baile resalta, pero los colores... ¡ah! los colores, como ustedes saben bien, son un gran elemento. Hasta Virgilio se ocupó en verso de estas menudencias: *Ceruleus pluviam denuntiat, igneus Euros*; figúrense ustedes si la cosa lo merece.

* *

Ayer tarde, si mal no recuerdo, se fijaba un amigo mio gran adorador de la estética urbana, en la berruguilla que le ha salido al Salon de Santa Engracia; buscaba en el opuesto lado la compañera que debia hacer *pendant*, y pensaba imaginariamente, pues todavia no existen, en las sucesivas que irán apareciendo segun noticias oficiales.

—Hé aquí, murmuraba, un paseo cortado, deforme, berrugoso, que andando el tiempo no será paseo, ni salon, ni calle, ni rambla, ni prado, ni cosa que lo parezca.

—Lo dice usted por las...

—Justamente, pero tengo un gran consuelo. El que como todo lo que sale de nuestras manos estas berruguillas sean tambien provisionales.

MÁXIMO.

LEONOR DE AQUITANIA.

I.

La vida de Leonor de Aquitania más parece una leyenda que una historia, y voy á contarla con el auxilio y consulta de viejos cronicones desdeñosamente olvidados, de historias modernas escritas con severa crítica, y de tradiciones que yo mismo he tenido ocasion de encontrar vivas todavia, no obstante ser ya pasados seis siglos, en torno de la vieja torre Maubergeon de Poitiers y á orillas del Garona, en las bellas y floridas campiñas de La Reole.

El nombre de esa princesa legendaria, protectora de los trovadores, poetisa ella misma, que tanto eco hubo de dejar en las historias de su tiempo, sonó por vez primera á mis oídos hace ya muchos años ¡un siglo! cuando en 1848 hice mi primer viaje á París, época en que la Francia no estaba cruzada, como ahora, de caminos de hierro y en que un viaje á París era una cosa seria,

Una pesada y maciza diligencia, despues de largos dias de camino, me dejaba en Agen, la pátria de Jazmin, ese trovador moderno que ha cantado el povenir en la lengua del pasado, y allí me embarqué en un buque de vapor, de ruedas, que por el Garona, ese Rhin francés, debía conducirme á Burdeos.

Ningun viaje para mí tan bello como el que, en plena edad de ilusiones y de esperanzas, hice entonces á bordo de la *Golondrina* desde Agen á Burdeos y á Blaye, donde estaban los carruajes que conducian á Poitiers.

El Garona parecia ir desarrollándose como una cinta de plata para abrir camino al vapor, á través de risueñas campiñas unas veces, de lugares sombríos otras, pasando al pié de negruzcas y solitarias ruinas de un antiguo castillo, costeano los verjeles floridos que indican las cercanías de alguna poblada villa moderna; ya deslizándose como un canal angosto entre dos muros de peñas y de matas, por encima de las cuales asoman los esbeltos álamos ó las rizadas copas de los árboles anunciando rientes comarcas que no llega á ver el viajero, ya alejándose de pronto las orillas hasta una distancia inmensa, para que pueda fingirse la ilusion momentánea de un viaje por mar.

Muchos años pasaron, y con los ojos del alma lo veo aún, y los recuerdos de aquel viaje, como si fueran de ayer, se agolpan vivos á mi mente.

Allí, desmanteladas y sombrías, ví alzarse al paso las ruinas del castillo da Mombran, morada feudal de los antiguos obispos de Agen; allí tambien, todavía de pié, las torres del castillo de Lusignan, famoso en las crónicas y en las leyendas; allí un monton de escombros en el alto pico de una roca descarnada y casi inaccesible, para recordar que aquella fué la mansión señorial de los barones de Penne; más adelante Casteljaloux con el recuerdo de Juana de Albret, reina de Navarra; despues Marmanda, teatro de horrores y de lástimas durante la sangrienta guerra de la cruzada contra los albigenses; luego Santa Basilia, con la sentida y cristiana leyenda de la Virgen degollada; más allá sitios deliciosos y lugares verdaderamente seductores que parecen brindar al viajero con delicias eternas, y por fin, La Reole, á la que se vé brotar de entre gigantescos canastillos de flores y de follaje, como para indicar que aquella fué la córte y aquel el nido de amores de la hermosa *Alienor*, según la llaman las crónicas, de aquella mujer extraordinaria que vivió casi un siglo, y que allí, como allende los mares, lo llenó todo con el eco y el rumor de sus aventuras, de sus amores, de sus celos, de sus iras, de sus intrigas, de sus venganzas, de sus contiendas y de sus guerras.

Recuerdo perfectamente, y he recordado siempre, que á nuestra llegada á La Reole, un viajero, formando corro en el alcázar de proa, señalaba á sus oyentes una torre que existe desde la época de los visigodos, y contaba no sé qué maravillosa historia de Leonor de Aquitania. Fué entonces cuando por vez primera oí pronunciar el nombre de aquella mujer, con el que tantas y tan repetidas veces habia de tropezar más adelante, y muchos años despues, en mis estudios.

Es realmente una gran figura, que así se presta para el lienzo como para la poesia, que lo mismo puede ser la heroina de una novela que el alma de un poema, y que si tiene colores sombríos y sangrientos para un drama de horror y muerte, tiernos y melancólicos matices tiene tambien para una peregrina leyenda de delicados amores.

Célebre por su cuna, por su belleza, por su ingenio extraordinario, por su espíritu aventurero, dueña de todas las pasiones de la mujer, desde la más criminal hasta la más pura, poseedora tambien de todos los instintos del hombre, desde el valor más indómito hasta la astucia más refinada, esa mujer, que á todo se atre-

vió, que todo lo intentó, que lo probó todo, atraía en el siglo XII las miradas del mundo entero, trovadores, barones, príncipes, prelados, cardenales, reyes y papas.

Nieta de aquel Guillermo de Poitiers que se considera como el primero, es decir, el más antiguo de los trovadores conocidos, arrulláronla en su cuna los cantos de los poetas provenzales, de que era el palacio de sus padres tradicional y siempre abierta hospedería, y gayas canciones de amores fueron las primeras frases que aprendieron á balbucear sus lábios.

Niña aún, presidia esas brillantes asambleas conocidas bajo el nombre de *córtes de amor*, donde la poesia provenzal se ostentaba con todas sus galas; y cuando á los quince años se encontró á un tiempo huérfana y reina de Francia, llevando la Aquitania por dote á su nueva patria, á ella llevó tambien con la influencia de la costumbres provenzales el recuerdo imborrable de aquellas canciones de amores, á cuyos ecos se habia formado su alma.

Si luégo más tarde, esposa infiel y adúltera, caía del trono de Francia, era sólo para subir al de Inglaterra, y su doble corona de reina no le impedia seguir en su opulento castillo de La Reole las hospitalarias y caballerescas costumbres de su abuelo, abriendo su córte á los trovadores y á los juglares, y departiendo con ellos bajo las frondosas alamedas del parque, donde gustaba de oír sus cantos; singularmente los de su favorito Bernardo de Ventadorn que, al llamarla su *conort*, su consuelo, parecia autorizado á traspasar los límites de la galantería con los derechos del amante.

Impresionado aún con la idea de Leonor de Aquitania, llegué á Poitiers despues de breve estancia en Burdeos y en Blaye, y allí me encontré con su nombre y su recuerdo en todas partes, como si no se tratara de una mujer muerta hace ya mucho más de seis siglos.

Yo no sé lo que será hoy Poitiers ni qué reformas habrá hecho en esta ciudad la piqueta revolucionaria de la civilizacion moderna, pero recuerdo lo que era hace treinta años, en 1848, cuando la ví por primera y única vez. Ceñida de murallas antiguas y flanqueada de torres de distancia en distancia, con sus calles angostas y escarpadas, con sus casas antiguas y con sus venerables monumentos, Poitiers conservaba esa fisonomía, ese sello característico que la Edad-media supo imprimir á sus ciudades. Allí vivian aún, y en todas partes, los recuerdos de Leonor de Aquitania.

Allí la majestuosa iglesia catedral de san Pedro, por ella mandada levantar en 1162 y á la consagracion de cuyo altar mayor pudo aún asistir en 1199; allí, en la capilla de la Virgen, su retrato y el de su segundo marido Enrique de Inglaterra en una vidriera de colores, joya del arte, que data de últimos del siglo XII; allí la iglesia monumental de Santa Radegonda, y en su sacristía, entre otras estatuas de piedra, la que representa á la condesa reina; allí la histórica torre de Maubergeon, donde daba sus audiencias públicas y administraba justicia, y donde concedió á los habitantes del Poitou el privilegio, por cierto bastante singular, de casar sus hijas como mejor les pareciese y de comparecer en justicia sin que se les pudiese arrestar como no fuera por asesinato ó robo; allí la abadía de Montierneuf donde acostumbraba á ir á orar, sin saber acaso que oraba tambien á pocos pasos, sepultado vivo en aquel cláustro, el hombre que más sufrió quizá por sus amores; allí el palacio del pueblo donde existe, firmada por ella en 1199, la Carta y Privilegio concediendo las primeras libertades municipales á los ciudadanos de Poitiers; allí, por fin, los restos de aquel célebre monasterio de San Hilario el Grande, donde, por espacio de siglos, se conservó su corazon en ostentoso mausoleo.

Todo allí recuerda el nombre y la vida de aquella mujer extraordinaria.

II.

En 1137, cuando cumplía una peregrinación á Santiago de Compostela y hallándose en aquella iglesia el Viernes Santo, 9 de Abril, mientras se cantaba la Pasion, murió casi repentinamente y atacado de una enfermedad extraña y sospechosa, el duque Guillermo de Poitiers, hijo de aquel otro Guillermo el trovador, tan célebre por sus poesías y por los azares de su vida.

Antes de emprender su camino y peregrinación á España, había hecho testamento por el cual legaba su ducado de Aquitania á su hija primogénita, á quien, con el beneplácito de sus barones, destinaba para esposa de Luis de Francia, hijo del rey Luis *el Gordo*. Había tenido esta hija en su esposa Aenor, hermana del vizconde de Chatellerault, y queriéndola dar el nombre de su madre, comenzaron á llamarla *otra Aenor*, *Alia Aenor*, de donde vino el que cronistas y poetas la llamaron Alianor, y Leonor, más adelante, las historias.

No está del todo bien averiguado si el testamento de Guillermo de Poitiers era el verdadero. Hay quien supone que su muerte repentina en Santiago de Compostela, no fué natural, y que era falso el testamento por el que daba la mano de su hija Leonor al futuro rey de Francia, Luis *el jóven*, asignándole por dote las ricas comarcas de Aquitania y del Poitou.

Pero dejando estos misterios, como tantos otros, á la averiguación histórica, la verdad es que el testamento se llevó á cabo. El jóven Luis de Francia fué conducido á Poitiers, y allí le casaron precipitadamente con Leonor, niña á la sazón de catorce ó quince años, teniendo lugar la ceremonia del casamiento el 8 de Agosto de aquel mismo año de 1137, en que murió Guillermo, y siendo en seguida Luis coronado duque de Aquitania en Poitiers, como Leonor fué coronada reina de Francia.

Así fué cómo Leonor, huérfana de padre y madre, antes casi de tener tiempo de vestir las ropas de luto por la muerte del primero, antes también de darse cuenta de su posición, se encontró casada con el rey de Francia, niño como ella, enfermizo y doliente mancebo, de rostro pálido y rapado como un monje, á quien no conocía y á quien desde el primer momento, si ha de darse crédito á la crónica, comenzó á mirar con repugnancia y repulsión.

Fué Leonor desarrollándose en gracia, en talento y en belleza, introduciendo en la corte de Francia todas aquellas costumbres de gentileza y galantería, propias de las cortes meridionales, á las que era entonces refractario el Norte. Ni en costumbres, ni en ideas, ni en carácter, existía la menor relación entre la hermosa heredera de Aquitania y el hijo de Luis *el Gordo*. Léjos de haber nacido el uno para el otro, parecían por el contrario haber venido al mundo para odiarse. «Es un monje» acostumbraba á decir Leonor hablando de su esposo.

Amiga de fiestas y de danzas, gustando de todo lo que era alegría y gentileza, esplendor y fausto, apasionada por la música y por el canto, tan dispuesta á los placeres como enemiga de enojosas ceremonias, bien pronto Leonor, por su libertad de costumbres, reñidas con los glaciales y severos usos del Norte, dió motivo que se cebaran en ella la maledicencia y la murmuración, dispuestas siempre al mal, pero nunca tanto como cuando se trata de herir algo que sea inteligente, bello ó grande.

Existía por entonces en la corte de Francia, ejerciendo las funciones y empleo de gran senescal del Reino, el hijo mayor del conde de Anjou, Godofredo Plantagenet ó Plantaginesta, llamado así por la cos-

tumbre que tenía de llevar en su casco, á guisa de penacho, un ramo de flor de retama ó de *ginesta*. Estaba casado con Matilde, viuda del emperador de Alemania, é hija de Enrique I de Inglaterra, que murió dejándola por heredera de su reino, pero á quien usurpó los derechos y el trono su deudo Estéban, que logró hacerse coronar rey á la muerte de Enrique. Godofredo había sido en tiempo aliado del padre de Leonor; y profesaba á ésta singular cariño, como de quien la viera nacer; pero por ser el de Plantagenet galán y gentil, osado y valiente, y demostrar hácia la jóven reina de Francia una estimación que más parecía de amante que de padre, dieron en decir los maldicientes que el amor andaba de por medio en aquellas cariñosas intimidades, y que á esto obedecía el poco interés que Godofredo manifestaba á la sazón por la causa de su mujer Matilde, comprometida en recobrar el trono que la usurpara Estéban.

Ciertos ó no, los amores de Leonor con Godofredo Plantagenet dieron entonces mucho de qué ocuparse á los cortesanos, bien léjos de poder pensar aquellos dos amantes que la suerte le reservaba á ella en el porvenir el trono de Inglaterra, por su enlace con el hijo del que á la sazón pasaba á los ojos de todos como el primero que la apartó de sus deberes de esposa, enseñándola el camino, tan fácil para las mujeres que lo emprenden, de las infidelidades conyugales y de las livianas costumbres.

Sucedió entonces que por los años de 1146 un hombre, que más tarde se llamó San Bernardo, iba recorriendo la Francia y Alemania, predicando la guerra santa y una segunda cruzada, de la misma manera y en los mismos términos que el papa Urbano había predicado la primera en Clermont. San Bernardo, por su poderosa y admirable elocuencia, poseía el secreto de hacer sentir á todos los corazones la fé y el entusiasmo que existían en el suyo. Debilitado por los ayunos y las penitencias del desierto, persuadía tanto por su presencia como por sus discursos, y todos se apresuraban á seguirle, y todos acudían en tropel á escucharle, y todos caían á las plantas del enviado de Dios, pidiendo cruzarse para marchar á Tierra Santa.

Tomó el primero la cruz el emperador Conrado y luego Luis VII de Francia, que se la hizo tomar también á su mujer, la cual, si rebelde al principio por no querer dejar los placeres de la corte, acabó por decidirse á ir á la cruzada como hubiera podido ir á una fiesta.

Por aquel tiempo había entrado de paje al servicio de Leonor un gentil y gallardo mancebo, al que las crónicas sólo llaman Rimbaldo, pero que era de una ilustre casa del Mediodía. Este jóven, que debía figurar más tarde en dos momentos solemnes de la vida de Leonor, se adhirió á ésta como la espada al puño, y en cuanto supo que su señora se disponía á acompañar al rey en su expedición á Tierra Santa, apresuróse á tomar la cruz para no apartarse de aquella, que ya entonces le dominaba por completo, y más aún debía dominarle en adelante, hasta el punto de conducirlo á ciegos por el camino del crimen.

El numeroso ejército mandado por Luis VII, partió en 1147, dos meses después de haber ya salido la hueste guiada por el emperador de Alemania. Eran ejércitos tan poderosos aquéllos, que más que la Tierra Santa, parecían dispuestos á conquistar el mundo. Reuniéronse más de doscientos mil hombres armados, con los cuales iban, como á una gira del campo, hermosas damas, galantes trovadores y hasta un escuadrón de amazonas, al mando de una á quien llamaban *la dama de las piernas de oro*, para indicar el lujo y la esplendor de su armadura y vestido.

VICTOR BALAGUER.

(Se continuará.)

APUNTES HISTÓRICO-BIOGRÁFICOS

ACERCA DE LA

ESCUELA ARAGONESA DE PINTURA.

Siguiendo la clasificación que comunmente se ha hecho de las escuelas de pintura en España, las cuales distinguen muchos escritores con los nombres de Sevillana, Valenciana, Castellana y demás, trataré de ocuparme de una que aunque no tan conocida como las citadas, cuenta sin embargo con pintores de mucha fama y habilidad, y ha contribuido no poco al lustre de la célebre Escuela Española, única que yo reconozco entre esa multitud de escuelas en que he dicho clasifican á los pintores españoles, y que ocupa en el mundo artístico el sitio preferente y á la misma altura de todo lo mejor que haya producido la Italia.

La Escuela Aragonesa, que es de la que quiero hablar, presenta épocas muy marcadas y períodos brillantes, por la grandeza de los caracteres que representaba y la simplicidad en la composición, tipos que la resaltaban notablemente. Empezó á florecer á principios del siglo XIV y hasta fines del XVII que comenzó su decaimiento, se hizo notar en el estudio de lo antiguo, de la anatomía, corrección en los contornos y demás partes del dibujo, en la nobleza de los caracteres y sencillez de las actitudes, en la expresión del ánimo y de las pasiones sin afectación; pero á mediados de dicho siglo cuando comenzaba á claudicar el arte en Italia, se contaminaron los pintores aragoneses haciéndose naturalistas serviles, prefiriendo la brillantez falsa del colorido á las partes más principales de la pintura.

Así se sostuvo débil y raquítica hasta que con la creación de la Academia de San Fernando, y debido á las luces que empezó á derramar, adquirieron los pintores aragoneses más corrección en el dibujo, miraron con mejores ojos la naturaleza, observaron los paños en el maniquí, y con esto llegaron á ser buenos y exactos naturalistas, pero no recobraron la citada grandeza de los caracteres ni la simplicidad en la composición. A fines del siglo XVIII puede decirse que desapareció del todo, y á pesar que en el año de 1792 los esfuerzos de la Sociedad Económica hicieron se cumplieran los deseos del escultor Juan Ramírez y otros muchos pintores y escultores, fundándose la Academia de San Luis, la muerte de los Bayeu y la pérdida de Goya concluyeron enteramente con tanta fama y gloria adquirida durante cuatro siglos por ilustres artistas, y yace desde entonces sepultada sin contar más que con alguno que otro pintor aislado aunque esclarecido.

Elevada la Iglesia de Zaragoza á Metrópoli por el Papa Juan XXII el año 1318, se aumentó el culto en aquella Diócesis, y las bellas artes comenzaron á hacer progresos, especialmente la pintura, para lo cual contribuyó no poco, el auxilio que prestaron los bienes de los estinguidos Templarios. Entónces empezaron á florecer en aquella ciudad varios pintores y entre ellos con un tanto de crédito, los dos profesores Ramon Torrente que falleció el año de 1323 ó 25 dejando cuantiosos intereses, y su discípulo Guillen Tort quien le ayudó á pintar imágenes á lo gótico para los Templos de la Iglesia matriz, y para las sufragáneas.

Hasta el año de 1457 no consta ningún otro pintor aragonés, y los citados son los primeros de quien hay noticias ciertas y documentadas. En este año vivía Bonant de Ortiga, pintor de la Diputación del Reino y autor de un retablo de San Simon y San Judas que ejecutó por encargo de D. Ramiro de Funes, Señor de Quinto, y que existió en el convento de San Francisco

de la ciudad de Zaragoza: murió sobre el año 1490. En dicho destino le sucedió Pedro de Aponte, natural de la misma y pintor de D. Juan II de Aragón, para quien pintó las tablas de un retablo de San Lorenzo que estaba en la iglesia de la Seo. Las reglas, preceptos y buenas máximas que este pintor trajo de Italia en donde había estudiado con Lucas Signorelli y con el Ghirlandajo, y las que pudo adquirir cuando Fernando V le llevó consigo á Castilla y le nombró en el año de 1479 su pintor de Cámara, colmándole de honores y mercedes, hacen se le considere como al verdadero fundador de la Escuela Aragonesa. Deben quedar de él varios retratos de los Reyes Católicos, y de estos creo sea uno que se conserva en Búrgos. Antes que de Aponte se hace también mención de dos pintores: Juan Calvo que vivía hácia el año 1491, y Juan Serrat su contemporáneo, el cual parece fué empleado para pintar los Sambenitos de los penitenciados por la Inquisición.

Después de Aponte y á principios del siglo XVI, volvió á España desde Italia, el pintor toledano Pelegret ó Pelegrin: ha sido discípulo en Roma de Baltasar de Siena y de Polidoro de Caravaggio á quien imitó en el modo de pintar de claro oscuro; se estableció en Zaragoza por la citada fecha, y pintó varias fachadas de templos y edificios al fresco y de claro oscuro, las cuales ya no existen. Su gran perspectiva, excelente dibujo y fecunda invención, inspiraron á los pintores aragoneses buen gusto y valentía en este género. Falleció en esta ciudad á los 84 años y con él la buena manera de pintar de blanco y negro. La sacristía de la Catedral de Huesca está pintada por él, y en la sala capitular del demolido convento de Santa Engracia de Zaragoza, existían dos cuadros que también se creía fuesen de su mano. Su discípulo Cuevas, natural de Huesca, siguió su método y le ayudó en la pintura de dicha sacristía, y pintó un monumento para la misma: pero aunque pintor de mérito, no logró alcanzar los triunfos de su maestro, al cual, no obstante excedióle en la gracia y gallardía de las figuras.

Hácia el año 1580 vinieron de Italia con el duque de Villahermosa, Pablo Esquarte, discípulo del Ticiano en Venecia, sobresaliente retratista, y Rolan de Mois, pintor de historia; ambos adornaron con sus obras el palacio del Duque y varios templos de la capital. Toda la genealogía del Duque fué pintada por Esquarte con suma gracia y cual si fuera copia de originales. El ejemplo y enseñanza de estos dos artistas, fomentaron la Escuela Aragonesa, dejando varios aventajados discípulos, entre los que sobresalió Antonio Galceran discípulo también de Micer Pablo, que á pesar de notarse en sus obras poco dibujo y falta de estudio, ejecutó sin embargo obras de consideración con bastante soltura, contándose entre otras varios lienzos de la Catedral de Barbastro, y las pinturas del palacio episcopal del mismo punto, ejecutadas en 1588 por orden de su obispo D. Miguel Cercito.

Contaba la Escuela Aragonesa en esta época ó fines del siglo XVI, además de los pintores citados, un tal Lupicino, natural de Florencia, Gerónimo de Mora, natural de Zaragoza, Pedro L'Horfelins de Poitiers, pintor francés, y otros profesores de nota entre tantos como había.

El primero era pintor de inteligencia y muy correcto en el dibujo, y poseía el buen colorido de su maestro: pintó los cuadros que hay en la capilla de Santa Elena de la iglesia de La Seo que representan pasajes alusivos á la invención de la Santa Cruz y los del retablo mayor que había en el distinguido convento de San Agustín, cuyas figuras (las primeras) tienen buenas formas, nobles caracteres, expresión y actitudes sencillas.

Las obras de Lupicino estimularon á Gerónimo de Mora, sujeto de gran instruccion en las letras humanas, buen poeta muy celebrado por Cervantes, militar esforzado y diestro pintor, discípulo de Alonso Sanchez Coello, y pasó al Escorial centro de las Artes, á perfeccionarse en la pintura con Federico Zucheri.

Entrado el siglo xvii fué elegido Mora por su mucha habilidad y reputacion, con Bartolomé Carducci y su hermano Vicencio, Patricio y Eugenio Caxesi, para adornar al fresco varias cámaras y la bóveda de la escalera del palacio del Pardo. El trabajo hecho por esos artistas agradó á los inteligentes, pero no á la junta de obras y bosques la cantidad en que lo tasaron, ni la segunda tasacion hecha por el aparejador de las obras de Aranjuez nombrado por parte de su majestad, Pedro Jean de Tapia, y por la de los pintores Lorenzo Aguirre, que de conformidad ascendia por el valor de las pinturas á la cantidad de 617.899 reales. Pedro L'Horfelin fué llamado y las tasó solamente en 308.038 reales, y por documento otorgado en 3 de Junio de 1615, mandó la junta de bosques le entregasen 2.000 ducados. Los grandes perjuicios que ocasionaba esta diferencia, tanto á los pintores como á los herederos de los que durante está polémica habian muerto, indujeron á Mora á escribir en 1615 un sabio y prolijo papel artístico en su defensa y en la de los demás compañeros, que ha quedado manuscrito, suma instruccion para los profesores y aficionados. Despues se trasladó á Valencia y pintó para el convento de Santo Domingo un cuadro de la cena del Señor, que Juan de Juanes no habia podido empezar, el cual le valió 2000 libras.

Restituido á su pátria, pintó las puertas del retablo de San Jorge para la casa de la Diputacion, que se perdieron cuando el bombardeo de la ciudad de Zaragoza en 1808.

Antes que muriera Mora y contemporáneos de Pablo Esquarte, ejercian tambien la pintura otros profesores de nota, entre los cuales merecen no olvidarse Ezpeleta, y Micer Pietro y Juan de Iciar. El primero pintor de iluminaciones ó miniaturista, nacido en Alagon, vivió oscuro hasta su muerte, que fué á mediados del siglo xvi, á los 60 años de edad, despues de haber trabajado mucho y bien, para los libros de coro de las dos Catedrales de la capital (1).

El segundo francés y que murió en Zaragoza con bastante caudal, pintaba al fresco con destreza y conocimiento. Unas puertas que hubo en el retablo mayor del convento de San Francisco repartidas en ocho cuadros de treinta palmas cada uno, eran de su mano, obra de gran correccion en el dibujo. El tercero Juan de Iciar, natural de Durango, publicó un libro en Zaragoza en 1550, intitulado, *Ortografia práctica ó arte de escribir*, en el que pintó varios mascaroncillos y figuritas de muy buen gusto y que grabó en madera Juan Vingles.

Pedro L'Horfelin de Poitiers, pintor francés avecindado en Zaragoza á fines del siglo xvi, donde murió dejando 20.000 ducados, contribuyó tambien mucho al adelantamiento de la Escuela Aragonesa. Retrataba con semejanza y desembarazo y aun se conservan de él cuadros de mucho mérito. Dejó un hijo llamado Antonio que nació en Zaragoza en 1597, y el cual, despues de haber estudiado en Roma con mucho aprovechamiento, enriqueció su pátria con obras públicas y particulares de gran composicion y grato colorido: falleció en 1660.

Discípulo de Antonio L'Horfelin, fué Gerónimo

Cosida, pintor correcto en el dibujo, fecundo en invencion, particularmente en adorno de arquitectura, el cual floreció á principios del siglo xvii. Fué muy protegido del Arzobispo de aquella Diócesis D. Fernando de Aragon, y pintó al óleo algunos cuadros de pasajes de la Sagrada Escritura, notables por lo suave del colorido. Su discípulo Fray Agustin Leonardo de Argensola, uno de los buenos maestros de la Escuela Aragonesa, continuó su estilo aventajándole, aun cuando no logró imitarle en la suavidad del colorido, por la sobrada dureza que se nota en las tintas de sus cuadros. Fué religioso mercenario y padre presentado de su órden, y con gran crédito florecia en Zaragoza por el año de 1640. D. Marcos Orellana le hace valenciano y dice tomó el hábito en el convento de Játiva ó en el de San Felipe: D. Antonio Palomino lo hace hijo del convento de la Merced Calzada de Madrid.

FRANCISCO ZAPATER Y GOMEZ.

(Se continuará).

CRÓNICA DE BIARRITZ.

La elevada temperatura que durante el verano se siente en las ciudades del Centro y Mediodía de nuestra España, hace que gran número de personas abandonen sus hogares, buscando agradable frescura en las elevadas crestas de las montañas ó en las pintorescas playas del golfo de Gascuña, frecuentemente refrescadas por la suave brisa del Atlántico. Gracias á la facilidad con que el vapor aproxima las distancias, prodúcese una constante emigracion desde el Mediodía hasta el Septentrion, encontrándose todos los puertos materialmente inundados de viajeros que buscan con ansiedad alivio para sus dolencias, tranquilidad para su espíritu y expansion y descanso para su inteligencia.

Entre todos los pueblecillos de la costa cantábrica, que por su situacion geográfica parecen destinados á ser inmensos y frescos receptáculos de verano, no hay quizá ninguno que reciba huéspedes de más diversas regiones, con más esplendor y magnificencia, que esta preciosa villa de *Biarritz*. Situada á orilla del mar y próxima á la línea férrea de Irun á Bayona, viene á constituir uno de los principales eslabones de esa inalterable cadena de hierro que, atravesando los Pirineos, pone en comunicacion Francia con España. Como San Juan de Luz, Pasages, Fuenterrabía, Sauterre, Portugaleta y demás pueblecillos de la costa cantábrica, Biarritz debió solo ser una pequeña aldea de pescadores, nacida como consecuencia de la topografía del país. Una porcion de vistosas colinas cubiertas de un verdor perpétuo, colocadas junto á una playa que el mismo Océano ha formado con su lenta pero continua elaboracion, es el sitio más á propósito para que unas cuantas familias construyan allí sus barracas, pegadas á las colinas como el marisco á la roca, y dediquen su actividad á la explotacion de las abundantes y preciosas sustancias que el fecundo Océano posee dentro de su inmenso seno.

Más tarde, un emperador que adornaba sus sienes con la corona de Carlomagno, quiso encontrar allí reposo á las constantes fatigas que siempre lleva consigo la improba tarea de gobernar un mundo; y tambien una emperatriz, tan jóven como hermosa, acari-ciada entonces por la fortuna y ahora sumida en la desgracia, pretendió encontrar expansion y alivio para

(1) Este pintor, despues de haber intentado pintar cuadros al óleo, abandonó este trabajo, viendo que le desacreditaba su manera áura y seca.

su preciosa salud, aspirando la brisa de aquel mar que también besaba las costas de su idolatrada patria. Desde entonces, el humilde pueblo de pescadores se convirtió en especulador pueblo de comerciantes; la insignificante aldea fué bien pronto un hermoso sitio de verano donde la riqueza y lujo de los huéspedes rivalizan con la suntuosidad y magnificencia de los que los reciben, para convertirle en encantador paraíso de ventura. La humilde barraca, el elegante *châlet* y el magnífico y suntuoso *hotel* son las etapas ó manifestaciones porque ha pasado el desenvolvimiento de la civilización de este pueblo.

*
* *

A juzgar por lo que todos los días se dice en nuestros periódicos, las playas de este mar pudieran bien considerarse en la estación de verano como el cráneo de la política española. Por estos sitios hemos visto, en efecto, muchas de las personalidades que se distinguen en la política, en la milicia, en las ciencias ó en la literatura de nuestra patria. Para no citar muchos nombres, pudiéramos presentarlos tan conocidos en la política española por diferentes conceptos, como el Sr. Cánovas del Castillo, conde de Toreno, duque de la Torre, Sagasta, Martos, Castelar, y para esa siempre distinguida región aragonesa los del señor marqués de Ayerbe, tan justamente querido y respetado por las bellas cualidades que le adornan por todos sus conciudadanos, y el no ménos apreciable D. Celedonio Barrieta, representantes ambos de la noble provincia de Zaragoza. Nos parece, sin embargo, que la política duerme en estos sitios de verano; los políticos fuertemente fatigados, por las luchas y combates que siempre producen las pasiones candentes de la política, piensan solo en pasear, admirar la naturaleza, disfrutar de agradable frescura y preparar con el descanso sus gastadas fuerzas, para los futuros combates del invierno.

*
* *

Uno de los principales sitios de reunión en Biarritz, es la playa del mar. Los huéspedes de esta pintoresca villa, no solamente la usan para la materialidad del baño, sino como sitio preferente de recreo y expansión; Allí los niños, juegan sobre la arena, desarrollando su delicada naturaleza con infantiles juegos; allí las señoras pasan agradablemente el tiempo ayudando á los niños en sus juegos inocentes; allí, las más encantadoras niñas reciben con la brisa del Océano, el incienso de adulación que, constantemente les tributan sus rendidos adoradores; allí, en fin, se pasa el tiempo sin apercibirse, admirando siempre la belleza del paisaje y la inmensidad del mar. Y es que aquella inmensa bóveda celeste en que la vista se pierde sin encontrar el fin; aquel inmenso pavimento que ya se manifiesta compacto, como superficie de granito, ya erizado de desigualdades inaccesibles, como gigantescas montañas azules coronadas de blanca nieve; aquel interminable avance y retroceso de tan soberbias moles; aquella blanca espuma que nace fácilmente del beso de dos marinas ondas y aquellas majestuosas olas que se precipitan en el abismo ó azotan con su rizada cabellera el firmamento, son soberbias y plásticas representaciones de lo infinito; y así como la sensibilidad contempla la belleza y la inteligencia admira la verdad, la naturaleza humana, por lo mismo que es limitada y finita, siente más atracción misteriosa ó irresistible hácia lo infinito.

Por otra parte, la playa es una constante exposición de trajes y costumbres de todos los pueblos del universo. Biarritz es un pueblo eminentemente cosmopolita al lado del español ó francés, que admite las excelencias del catolicismo, se encuentra el inglés,

que interpreta la Biblia según su criterio individual, ó el judío, que canta las excelencias de Jehová y con bíblica esperanza, cree que el Redentor está por venir.

En lo que mejor puede observarse el contraste, es en el bello sexo.

Las que más abundan son inglesas, francesas y españolas. La hija de la Gran Bretaña es generalmente modesta, no muy cuidadosa de su tocado y algo melancólica, como las sombrías regiones de la nebulosa Albion. La compatriota de Juana de Arco es ménos tímida, más ceremoniosa y bastante cuidadosa de su *toilette* para aparecer vistosa y simétrica como las calles y paseos de la nación francesa. La española es más airosa, muy esmerada en el vestir, de carácter expansivo y sobre todo, festiva, alegre y risueña, como las pintorescas regiones del Genil. La inglesa es una blanca camelia, la francesa hermoso tulipán, la española arrogante y perfumada magnolia.

*
* *

Después de los paseos de mañana y tarde, forzoso es que la población de Biarritz pase la noche de una manera conveniente. En la elegante plaza de la Capilla, junto á las suntuosas entradas de los magníficos hoteles que le rodean, y teniendo por fondo la inmensidad del mar, álzase caprichoso tablado profusamente iluminado, donde una selecta orquesta compuesta de escogidos profesores de Pau, entretiene los oídos de los asistentes ejecutando bonitos bailables ó trozos escogidos de Gounod y Verdi ó alegres piezas de música nacional, entre las que no faltan nuestra popular jota aragonesa, los zorricos, la gallegada y la marcha real española como medio de halagar el amor propio de los españoles, que forman como el núcleo de esta población de verano. A las diez en punto se pierden en la inmensidad del mar los últimos compases de la música y la alegre concurrencia encuentra distracción en bonitos bazares, magníficos cafés y restaurants, ó sube las elegantes y tapizadas escaleras del camino, donde en perfumado salón suntuosamente amueblado, rinde culto al voluptuoso arte de Terpsicore. Cuando empiezan á sonar las doce, las señoras recojen sus abrigos, las alegres niñas dirigen sentimental mirada á sus galanes, y todo indica que la jornada ha concluido.

Como sitio de campo, á las doce y minutos no se oye más que el silbido del viento ó el melancólico suspiro de las olas que espiran al besar las negras rocas de la costa.

*
* *

Siguiendo la tradición de los pueblos antiguos, que celebraban con grandes fiestas el cambio de estaciones, la *commune* de Biarritz ha querido también conmemorar con festejos los días 31 de Agosto y 1.º del actual, en que deben tener lugar las mayores mareas del Estío. Por la tarde, vistosas regatas compuestas de *courses á la Rame* y *á la Voile*, realizadas por ligeras lanchas tripuladas por trece hombres españoles ó franceses, en que los españoles han obtenido casi siempre los premios ofrecidos de un millar de francos. Por la noche la popular *retraite au flambeau*, ejecutada por la orquesta de los hijos de Biarritz, gran concierto en la plaza con vistosos cuadros disolventes en los intermedios, y baile campestre en la playa, al pie de la Villa Eugenia, iluminado por los brillantes resplandores de la luz eléctrica, son todas las fiestas con que la villa de Biarritz ha obsequiado á sus forasteros en los días de las grandes mareas.

No hace muchos días encontrábase en la plaza un elegante jóven admirando la belleza de las mujeres que por todas partes le rodeaban, y fijándose en una linda francesita que con especial delicadeza entretenía sus manos, más blancas y brillantes que las vari-

llas con que tejía lustrosa seda, preguntó á otra dama con quien conversaba:

—¿Qué labor hace esa señorita?

Y la dama le contestó, en francés, sonriendo:

—*Elle fait de la frivolité.*

Sabedlo, hermosas lectoras, también á las playas de Biarritz vienen las elegantes francesas *para hacer la frivolidad*, valiéndoma de un giro francés muy corriente ya en nuestra España.

ARSESA.

Biarritz 6 de Setiembre de 1879.

RIMAS.

I.

Cuando miro de tus ojos
la apasionada expresion,
y de sus negras pupilas,
foco de dicha y amor,
brotar siento las centellas
que abrasan mi corazon,
exclamo con triste acento:
—«¿Por qué no pusiste, ¡oh Dios!
el fuego de su mirada
en su yerto corazon?»

II.

¡Porvenir, juventud, mi vida entera,
por lograr tu cariño hubiera dado,
aunque estaba seguro, vida mia,
de perder en el cambio...!

III.

De mi nativo valle la selva rumorosa
á media voz decía, hablando al corazon:
—«Mis galas de verano, mi sombra misteriosa
darán á tus amores nocturno pabellon.

Entre mis enramadas y en mis floridos senos
tus sueños de ventura feliz realizarás;
mis árboles y arbustos de nidos están llenos,
mi sombra ocultar puede á dos amantes más.»

Tú, en cambio, contestabas.—«Albergue tan tranquilo
ni sácia mis deseos ni es digno de mi amor...»
Y á la ventura y calma de mi dichoso asilo
el fausto preferiste de *hotel* deslumbrador.

Yo deploro y disculpo tu cándido egoismo
que convirtió en Infierno mi venturoso Eden...
En caso semejante se portáran lo mismo
de un centenar de bellas á lo menos... las cien...!

BALDOMERO MEDIANO Y RUIZ.

ESPECTACULOS.

Fecundos en novedades y sorpresas para el público han sido los últimos dias de la actual *campana* en Pignatelli, que más que teatro ha parecido un verdadero jardin de aclimatacion. Las *serpientes humanas*, el *hombre mono*, *El país de las mariposas*, *El*

ramo de azucenas, es decir, las escalas botánica y zoológica en sus más variadas y pintorescas manifestaciones, han sido los resortes de que la empresa se ha valido para cambiar la indiferencia y desvío del público en marcada aficion al coliseo de verano.

Serpientes humanas se titulan los hermanos Staffort, y á fé que no parece exagerado ni pretencioso este título á los que han admirado los sorprendentes *tours de force*, equilibrios inverosímiles y dislocaciones pasmosas de ambos artistas, cuyo mérito, no por ser innegable, deja de ser poco á propósito para exhibirse ante el público de un teatro que busca mejor las agradables y risueñas emociones que proporciona un rasgo de ingenio que la brusca sorpresa de un ejercicio cuyo protagonista se expone á hundirse unas cuantas costillas ó á quebrarse por la mitad de la columna vertebral.

* * *

En cuanto á Mr. Pongo, es ya otra cosa. Podremos convenir en que su género es de un cómico algo subido, pero al fin es cómico. La parodia del mono por el hombre con la viveza de colorido y fidelidad en contorsiones, saltos y agilidad con que Mr. Pongo la realiza, excita á la vez el aplauso y la risa de los espectadores. Tal vez para un crítico demasiado escrupuloso esta exhibicion contribuya á que formemos una pobre idea del género *homo sapiens* que tan fácilmente imita á los cuadrumanos, pero no ha de quedarnos tiempo para detenernos en tales pequenezes, sobre todo cuando el émulo del más travieso *cercopitacus*, ó del macaco más revoltoso, saliendo del recinto de su jaula, gira, salta, juega, trepa, se mece junto á las bambalinas, se revuelve entre las patas de una mesa y sólo echa de ménos una cola prehensil para suspenderse de ella en las maromas aseguradas en la parte superior del proscenio.

* * *

El ramo de azucenas es un baile en el que el señor Moragas despliega toda su fecunda inventiva y en el que brilla en todo su esplendor todo el mérito de la señorita Límido, á quien auguramos una reputacion tan universal como merecida en el arte que han *ilustrado* con sus piruetas la Fouco y la Guy Stephens, la Cerito y Lola Montes. No insistimos en este punto porque un baile es mejor para visto que para descrito, y porque, aun cuando quisiéramos, la falta de espacio habia de vedarnos tratar de este asunto así como de la funcion con que ha hecho su despedida del público zaragozano la compañía cómica que actuaba en Pignatelli.

El ocaso de una compañía cómica y la aurora de otra bufa servirán, pues, de asunto á nuestra próxima revista de espectáculos.

X.